XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario C

Si las calamidades nos alarman

"Se alzará pueblo contra pueblo y reino contra reino. Habrá grandes terremotos y en diversos países epidemias y hambre". San Lucas, cap. 21.

Muchos nos pasamos la vida cómo en la sala de espera de un temido consultorio. De un momento a otro asomará la muerte por la puerta del lado, para decir fríamente: "El siguiente".

Mientras tanto, procuramos matar el tiempo. Nos aburrimos enormemente. Hacemos comentarios negativos e insultos, con vecinos a quienes ni conocemos, ni amamos.

Algo semejante ocurría en la Iglesia primitiva, cuando San Pablo escribió a los fieles de Tesalónica y unos años después, cuando aparece en Siria el evangelio de San Lucas.

Los cristianos de entonces, por aguardar al Señor descuidaban todo esfuerzo y trabajo. Para ellos no valía la pena comprometerse en el mundo. Pablo deja entonces correr su pluma, para corregir estas actitudes , y Lucas, aunque reconoce los males que amenazan, señala que el final no está cerca todavía. Que nuestra esperanza se apoya en la primera venida de Dios, quien no permite caiga uno sólo de nuestros cabellos sin su beneplácito.

Y termina el mismo evangelista: Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.

Hoy también escuchamos muchos profetas que sólo anuncian calamidades. No saben sonreír. Acostumbran recordarnos a diario nuestros deberes con arisca aspereza. Nos presentan un Dios castigador que, por nuestras culpas, no tuvo otro remedio que descargar sobre el mundo sus castigos. Nuestros dolores serán la única moneda para aplacar las iras del Padre celestial.

Todo ello, y con razón, nos paraliza el corazón y las manos.

Nos motiva a un arrepentimiento sincero, pero nacido del temor, que mata el entusiasmo propio de la fe. Nuestra vida tendría entonces una tonalidad de gris y un sabor desabrido y amargo.

La juventud dispondría de motivos suficientes para abandonar el cristianismo.

No es lícito alterar el mensaje de Cristo: En medio de las calamidades no puede naufragar la esperanza.

A pesar de tan cerrada oscuridad, cada uno de nosotros puede encender una cerilla, cada cual puede irradiar bondad y amor sobre el metro cuadrado en el cual se proyecta su sombra.

El terror colectivo no ha sido nunca táctica honrada de combate.

Volvamos al Evangelio. Nuestro fallo es la aparente carencia de valores. Sin embargo, ningún padre que ama, reniega definitivamente de su hijo. Por más defectos que descubra en él, se las ingenia para que prevalezcan sus cualidades.

Si sufrimos, si las calamidades nos abruman, es porque hemos olvidado los mandatos del Señor, porque hemos escondido nuestros talentos. Nunca porque El nos haya desamparado.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y